

pacio inmenso y jurando la Constitución, como esos mahedies del desierto, que se postran de hinojos ó se alzan en cruz, cuando el día cae, y se levanta el mahometano en los alminares, acompañados por las solitarias palmeras. Los gallardetes parece que ondean como á un soplo vivificador en las calles de París; las noches al día superan en lucimiento, esclarecidas de innumerables luminarias; el tambor mezcla sus redobles al campaneó, y el campaneó al cañonazo de gozosísima salva; se vuelven como sacros los más vulgares sitios y parece apocalíptica fiesta de resurrección aquel incendio en exaltado entusiasmo; las canciones populares y las salmodias eclesiásticas se juntan entre las fulguraciones de unánime regocijo; se oye así el *Magnificat de la Virgen* y el *Cántico de Moisés* junto con las coplas revolucionarias; porque la esperanza y la fe vivas en el milagro de una reconciliación entre la realeza tradicional y el pueblo soberano hace que puedan las generaciones presentes aguardar de las generaciones por venir todo lo milagroso. Para esto necesitase tan sólo que los franceses á una se junten dentro de una federación voluntaria, y que esta confederación tome por norte seguro la nueva ley, así como por objeto único la fraternidad universal. Parece que sufre la colectividad una sugestión divina, según obedece á una voz de mando que no se oye por ninguna parte, y que no baja de las alturas, ni sube de los abismos. Así como las auroras boreales os magnetizan, la partícula de microbio y miasma os postra, el aire ó el agua epidemiados acaban por destruirlos con sutiles é invisibles venenos, la idea revolucionaria trastornaba la masa encefálica de todos los cerebros á una y se metió como por ensalmo en la médula de todos los huesos. Nada tan lógico y natural como que Francia escogiese para mostrar tal estado de su ánimo el primer aniversario de la Bastilla. Hoy no podemos comprender lo que significaba tal aniversario, porque hoy ni amamos ni aborrecemos, como amaba y aborrecía generación de suyo tan titánica como la generación revolucionaria. Una fiesta en que toda Francia entera, se propone, por no se sabe quién, y se acepta por todos para el 14 de Julio de 1790, primer aniversario de la Bastilla. Recordad los tabernáculos hebreos, las fiestas píticas helenas, las ferias romanas, los campos de Mayo germánicos, el jubileo católico, y tendréis una idea de lo que fuera la Federación en el Campo de Marte, aquel festejo dedicado en liturgia improvisada y sublime á la libertad y á la patria. No se conoce con esa claridad en período alguno de la Revolución, como ésta procede con lógica cerrada y serena, en serie sistemática, del Renacimiento, cual se conoce cuando brillan juntos los símbolos del paganismo antiguo con los símbolos de la Iglesia universal en los festejos de la Federación. Así los dioses del Olimpo con los santos del Calendario allí; el altar donde arden los cirios con la tribuna donde relampaguea la revolución; innumerables sacerdotes vestidos con albas puras ceñidas al cuerpo con estolas tricolores, y los descamisados con sus gorros frigios y sus terribles picas; el cáliz donde se consagra la hostia, y el vaso que acompaña con su vino las blasfemias; el Rey bajo su alto solio flordelisado y el presidente

de la Cámara nacional á su mismo nivel, un rezo sin fin y un baile sin freno, presentándose la Francia entera en el Campo de Marte, con su pasado, su presente, su porvenir, pues diríase que los muertos bendecían á los vivos y los vivos juraban á una contar siempre con los muertos en aquel último abrazo entre la monarquía y la revolución.

No podemos en tal crítico instante olvidar el papel que representara Mirabeau, protagonista verdadero de tan tremenda tragedia. En aquellos días acababa de mostrar la fuerza de su voluntad y el poder de su palabra, iluminando los más intrincados y difíciles problemas, con las ideas más naturales y más sencillas; secreto propio de los grandes oradores, idóneos para decir en fórmulas populares las teorías más abstractas y convencer á las gentes de que ellos solos se expresan cuanto el mundo piensa y cree. Una vez enterró la intolerancia religiosa, señalando con ademán imponente la ventana, desde cuyo alféizar un Rey de Francia disparó el arcabuz regio sobre sus propios vasallos, que buscaban aterrados en el Sena refugio contra la matanza promovida por la superstición y el fanatismo. Otra vez, como los sofistas de la derecha reaccionaria quisieran disolver al Congreso por escrúpulos legales, alzóse á decir con aquel dón de oportunidad, secreto de todo gran orador, lo de cierto general romano, quien, exigiéndole que jurase haber observado las leyes, juró haber defendido y salvado á la patria. Otra vez enterró el brutal decreto contra los emigrados por un arranque de esos, en los cuales parece que late, no el corazón de un hombre, no, el corazón de la humanidad. Así continuaba en el pedestal de la tribuna, en ese trono de su genio, circuido de un pueblo que le seguía y le aclamaba, fulminando su palabra sobre todas las viejas instituciones y sosteniendo las nuevas; Hércules de la idea revolucionaria que por los medios puramente espirituales de la elocuencia encendía y apagaba las pasiones, removía y serenaba los ánimos, encrespaba y adormecía las ideas; hijo de la vieja sociedad, que personificaba la nueva, y que, alzado entre dos edades capitalisimas de la Historia, no sabía no, á ciencia cierta el destino providencial consumado con sus maravillosos esfuerzos y los viejos ídolos caídos para siempre á las fulguraciones de su maravillosa palabra. Hásele imputado á Mirabeau por los que desconocen completamente la lógica real de la Historia y el encadenamiento sistemático de los hechos, como una terrible apostasía de sus doctrinas y como una infame traición á su ministerio histórico, el que pensara unir la tradicional realeza con la novísima sociedad. Para esto acusarle, se necesita desconocer enteramente su tiempo. El grande orador perteneció á la edad poética, como si dijéramos, al paraíso de la revolución. Y la característica de esta edad era la concordia del viejo trono con la joven democracia. No se conocía en aquellos tiempos ni un solo republicano. El que luego había de llevar la República y las instituciones republicanas á su mayor violencia, levantándose hasta ser su más austero magistrado, Robespierre, el Felipe II revolucionario, preguntaba cuando algunos extranjeros proferían la palabra: ¿qué es eso de la república? Los girondinos, la legión sagrada de la libertad, los cuales parecían venidos de la clásica Grecia, según bri-

llaba el fuego de la inspiración en sus frentes, y anidaba la virtud del heroísmo en sus pechos, y sonaba el acento melodioso de la elocuencia en sus labios, pudieron aceptar sin desdorar un puesto en el gobierno de la Monarquía, pudieron aceptar el cargo de ministros, porque todo el mundo fiaba entonces en la imposible alianza de los nuevos derechos con los arqueológicos Reyes. Mirabeau, esencialmente monárquico, tenía que agotar todas sus fuerzas antes que confesarse rendido por un imposible, palabra desconocida en su vocabulario. Dotado de esa sensibilidad, sin la cual no se conocen los dones divinos del arte, apasionábase por los débiles: al principio de su carrera, por el pueblo; y al fin de su carrera, por el Rey. Como no los separaba en su pensamiento, no quería que se apartasen, ni por un minuto, en el espacio, cuando uno y otro estaban imposibilitados de atravesar sin abrarse las llamas que los dividían, todas ellas encendidas y avivadas por los soplos descendidos del Sinaí de la tribuna. Coincidió con tal estado de ánimo en Mirabeau un cambio de política en Austria. Y este cambio de política en Austria influía en la pobre austriaca, nunca divertida del nido donde había tenido su cuna, juzgando siempre la nación al través de las ideas aprendidas en su juventud, ideas contrarias en todo á las ideas francesas. Así, por aquel palacio, donde tanto se abominara de Mirabeau, comenzaban á volver los ojos al aborrecido, al denostado, al maldito, pidiéndole un refugio en el universal naufragio. La Reina, que se mantenía erguida cuando todo en torno suyo se humillaba, debía sentir invencible repugnancia en aquellos momentos á tratar con el hombre que levantara la tribuna por encima del trono; que promoviera el Estamento de los Estados Generales al rango de Asamblea nacional; que guiara con los relámpagos de su genio al siervo desde el terruño á la libertad; que tuviera contra cada una de las antiguas prerrogativas reales en fórmula destructora; que convocara los oprimidos á sacudir el yugo de los opresores; que fuera toda aquella revolución, la cual entraba en tumultuosas ondas hasta el palacio de los Reyes, arrancándoles algo más valioso que su corona de oro, su dignidad y su prestigio.

Por fin se vieron la Reina y Mirabeau. Era una mañana de Mayo en París, donde, al revés de Madrid, la primavera aparece más hermosa y tranquila que el otoño. La corte se hallaba en Saint-Cloud, en aquella miniatura de Suiza, cuya compra quizás le costara el trono á la pobre María Antonieta, obligada tristemente á cambiar el ministro salvador, Turgot, por el ministro nefasto, Calonne, para poder cumplir tal regio capricho. Lugar delicioso aquél, si hay delicia cumplida cuando el sol no luce como nuestro sol, ni ostenta el cielo azul estos esmaltes y reverberaciones de nuestro claro cielo. Cabiendo la hermosura donde falta luz, bien puede asegurarse que son aquellos sitios hermosísimos. En el horizonte brumoso, entre la indecisión de los cambiantes vapores, el inmenso París, sobre el cual campean los semibizantinos torreones de Nuestra Señora, los botareles y cresterías de Santa Casilda, las rotondas romanas del Panteón y los Inválidos, las fortalezas feu-

dales de la Conserjería, las grecas italianas del Louvre, las alturas del Montmartre, henchidas de esparcidos caseríos y coronadas por molinos de viento; al pie, cerca de la posesión regia, el Sena, que forma como verde media luna y el bosque obscuro de Baulogne, cuyos encinares y carrascales, un tanto achaporrados, componían á la sazón espesa é intrincada selva; por la izquierda los montecillos sembrados de quintas y de aldeas, ocultos entre huertos, vergeles y prados, eternamente verdes y eternamente húmedos; por la derecha las arboledas interminables y espesas, de las cuales surgen los campanarios blancos y las famosas poblaciones de Sevres y de Meudon; ambas asentadas en sus graciosas colinas que los viñedos y los manzanares cubren, y ambas sombreadas por viciosísimo follaje; aquí, allá, en torno de la pesada, pero colosal quinta, jardines en los cuales álzase á cada paso estatuas que creerías grupos de cortesanos por lo artificiosas, fuentes que parecen esclavas por lo sometidas á combinaciones materiales y alamedas que parecen pelucas por lo recortadas y compuestas, indicando, cómo el absolutismo de Luis XIV, transmitido á sus descendientes en tradiciones que formaban un gusto ya histórico y componían una estética ya universal, ese absolutismo, no contento con vejar humana libertad, oprimía bajo su férreo cetro la misma Naturaleza. En tal sitio, fué donde la Reina María Antonieta y el orador de la revolución, Mirabeau, se vieron y se hablaron, allá arriba en el kiosco, ocupado hoy por triste solitario que os presta, á dos cuartos sesión, sucio antejo de larga vista para ver la ciudad de París radiante de vida y las devastaciones de guerra franco-prusiana ensangrentadas por el combate y ennegrecidas por el incendio. La Reina llevaba sobre sus sienes la luz mortecina del mundo, que se iba, hermoheado sin duda en ella, última personificación de su grandeza que debía en hora tan solemne parecer como dulce sirena, de las que, según refiere Plutarco, retenían con sus cánticos por las ondas del Tirreno y del Egeo la vida moribunda en los cuerpos casi yertos de los dioses caídos allá en el postrer crepúsculo de la mitología y del paganismo. Mirabeau, herido ya de muerte por el trabajo y por el placer; granizado el rostro de viruelas; ancho de espalda como esos alcides que sostienen, á guisa de pilastras, los colosales monumentos; nervudo de brazos como cumplió á quien derribaba las instituciones seculares con sólo accionar airado y amenazador en la tribuna; de pecho que hervía y resollaba como una fragua; de mirada fulminante, cual la tempestad de ideas en que á la sazón se abrasaban los pueblos; asemejábase, con las heridas alcanzadas en tantos asedios y las tristezas contraídas en tantos ciclópeos trabajos, á uno de esos titanes, entre los que se hallaba Prometeo, quien había blandido en sus manos, cual Mirabeau, las llamas del Etna y aglomerado bajo sus pies montañas sobre montañas para derribar del cielo á los dioses y apoderarse de su fuego creador y de su envidiada omnipotencia.

¡Qué contraste! La Reina contaba en aquellos días treinta y cinco años, y tenía esa segunda juventud que dan á las mujeres hermosas los asomos de la madurez en su vida. Mi-